

## UN BUFON ANTISEMITA

En la historia del antisemitismo español, problema y realidad tan ligados con los más tristes, y casi central de nuestro devenir histórico, ocupa *La vida y hechos de Estebanillo González* un papel peculiarísimo, de alto valor para comprender la manera de ser del siglo XVII. Estebanillo González, *hombre de buen humor*, es un caso de exhibicionismo ruin, de vida depravada, que pretende hacer reír. Como ya ha sido repetidas veces advertido, las primeras páginas del libro poseen efectivamente hilaridad: son los inicios de Estebanillo, en los que ya presagia su vuelo, pero todavía sin encanallamiento. Después, sólo de cuando en cuando alguna treta nos hace sonreír. La tónica general del libro es abrumadoramente monocorde y despiadada para su propio autor, que se ofrece a su amo sin pudor alguno, a fin de conseguir un arrimo de senectud: el permiso para la apertura de un garito.

Para una sensibilidad moderna el *Estebanillo González* es uno de los libros más dolorosos de toda nuestra literatura: es la vida de un hombre, cuyo oficio es hacer reír a los poderosos a costa de sí mismo y de los demás, y esto —como veremos— llevado hasta límites de extremada crueldad. Carece del ingenio y aun la gallardía de Don Francesillo de Zúñiga en el siglo anterior. Carece también, naturalmente, de toda dignidad moral, y en una broma pesada que, poniéndose a su altura, le hacen algunos poderosos, está a punto de perder los atributos de su sexo. De todo alardea Estebanillo. Entiende la vida como jácara, pero nosotros la vemos como mueca que adopta una existencia miserable.

La imagen convencional de Estebanillo es la del cobarde, la del antihéroe, el hombre que en la batalla de Norlingen se esconde en un hoyo, debajo de un caballo muerto, y cuando los españoles han triunfado sale gritando: “¡Victoria! ¡Victoria!” Estebanillo es una caricatura del esfuerzo imperial. Pero es también, muy dentro de su siglo, el negativo fotográfico de una sociedad en decadencia. Hoy nos cuesta trabajo comprender el porqué de estos bufones domésticos; y con gran facilidad trasladamos la indignidad del adulador al adulado. Sin embargo, acaso sea ésta una visión moderna, legítima, porque cada época juzga a las anteriores, pero injusta, si no tenemos en cuenta los sentimientos y las ideas vigentes en los tiempos pasados. Estebanillo estaba muy dentro de las corrientes de su tiempo, en los niveles más bajos, que él sabe con frecuencia ahondar. Por esto resulta su caso ejemplar, porque no es una excepción. Su vida azacanada nos transmite una parte de la repugnancia fangosa de su siglo. Retrato, por supuesto, incompleto, pero que no debemos olvidar.

En alguna ocasión Estebanillo González se compara a sí mismo con Lázaro de Tormes; y ciertamente su autobiografía puede ser tomada por una novela picaresca, un ejemplo más de cómo la ficción realista y popular puede hacerse realidad vividera. Pero las diferencias son grandes. Al compararse con Lazarillo, Esteban se ensalza ilusoriamente: es su único momento optimista. Acaso Estebanillo se creía héroe de novela. Sin embargo, Esteban carece de la sana vitalidad de Lazarillo; y uno y otro víctimas de una sociedad que va diciendo adiós a los ideales. Estebanillo omite la monserga moralista, tradicional en el género picaresco. Estebanillo, borracho y truhán, acepta la vida tal como se le presenta y, frente a una existencia de honrado trabajo, elige el camino bufonesco, la vida doblegada a los gustos de los que mandan, sin su elevación ideal, y sin más creencias personales que el vino; sima a la que no llegó ninguno de sus antecendentes literarios.

Así la narración es un documento agrio, sentina de los tópicos de su ambiente. Por eso tienen especial valor sus notas antisemitas. Los problemas de la persecución antisemita, la Inquisición, la preocupación por la limpieza de sangre y, sin más, el desprecio por el judío, son cosas que Estebanillo, naturalmente, comparte y se prevale de ellas para sus bufonadas.

No es Estebanillo enemigo de los judíos por consideraciones económicas —vive del fraude y del sablazo—, ni de gobierno o patrióticas. Tampoco por motivos religiosos: Estebanillo, que para hacer reír se burla de todo, parece burlarse también veladamente de la Teología y de su propia religión, si la tuvo. Al menos frases como aquella de “antes del hurto, en el hurto y después del hurto” son dudosamente respetuosas, aunque también está muy dentro de su psicología esta parodia de lo sagrado, para acentuar su miserable originalidad. No queda, pues, más origen de la actitud antijudía de Estebanillo que el gusto de la época y que así pensaba agradar a los que le podían favorecer.

La primera vez que Estebanillo se refiere a los judíos lo hace para contar una ingeniosa treta que ideó para sacarles dinero; no tiene especial significación, ya que Estebanillo burlaba a quien podía, pero constituye una página de gran plasticidad, una ventana que este caballero de industria, sin darse cuenta, nos abre al nudo de la cuestión. No resisto la tentación de copiarla en nota porque, bromas aparte, resulta impresionante (1). Los *familiares* de que habla son los familiares de

---

(1) “... llegué a Ruán, cabeza de Normandía, a quien la caudalosa Sena, después de haber sido cinta de plata de la gran corte de París, es tahalí escarchado de esta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me

la Inquisición, y los *portugueses*, judíos portugueses. Como ha hecho observar Julio Caro Baroja, *portugués y judío* llegaron a ser en el siglo XVII términos sinónimos (2).

El oficio bufonesco daba a Estebanillo una libertad y amparo que le permitían cometer los mayores desmanes. Acompañante del ejército en campaña, gozaba de los privilegios de éste; y así en una ocasión se aposenta en la casa de un judío rabí, al que también consigue sacar dinero: "... lo traje una tarde a mi despensa a que merendase en ella, y habiendo puesto la mesa con variedad de regalos y escaseza de tocino, hícele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos a enfriar, el uno de vino y el otro de agua de limones, y al tiempo que lo vi en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera y la subí arriba, dejándolo empozado como a otro Josef, y volviéndome a asomar a la puerta del pozo, le dije: "Perro judío, primero te has de volver carámbano, que salgas a ver la luz del cielo, hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme a los demás oficiales del ejército, y con el tresdoble

---

previene de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazón, me fui a la Bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agragamiento de mercaderes portugueses, metiéndome en su corro, y no a escupir en rueda, sino a hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumisión que suele tener el que ha menester a otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habían criado en la raya de Portugal, la sabían muy bien, y me la habían enseñado; y después de haberles dado a entender ser lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar a la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos míos, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares, a quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabían habían quemado a mi padre, cuyas cenizas traía puestas sobre el alma y al lado del corazón.

Ellos, con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron a la casa del que me pareció el más rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndola dado, sin ser primer día de Cuaresma, fué cada uno besando el papelón por su antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir; y yo, mostrando un poco de sentimiento, les di amplia comisión, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que había echado al mar, me había librado de una gran tormenta que había corrido en el estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que les había hecho creer, y decían con tiernas lágrimas:

—El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir.

Repartieron las cenizas de la dicha posada o bodegón, y mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron a la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nación, me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercaderante en la corte de París, para que me socorriese para ayuda a proseguir mi viaje; y después de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar." (*La vida y hechos de Estebanillo González*. Clásicos Castellanos, edición y notas de Juan Millé y Giménez, Madrid, 1946, tomo I, páginas 206-9.)

(2) *Razas, pueblos y linajes*. Madrid, 1957, pág. 114.

a mí, por usar de presente tres oficios en servicio del general, y todos ellos de a dos bocas" (3). Allí lo tuvo hasta que logró cobrar su *boleta*, y después sacó al pobre rabino hambriento y helado. Esta escena es típica de la insensibilidad de Estebanillo, atento sólo a sus fines.

La tercera vez es quizá la más cruel y la que nos produce mayor indignación, especialmente por el tono. Estebanillo, en Viena, se ha improvisado sacamuelas, a fin de vender unos polvos maravillosos de su confección. Tiene tres o cuatro ganchos, que le compran los primeros, es decir, lo que en nuestros días hace cualquier charlatán callejero. Uno de ellos es judío, al que, para producir mayor efecto, examina la dentadura, aplazando siempre la extracción con cualquier pretexto. "Y como estaba asegurado de que jamás le hacía daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la más abultada de todas las demás, y por hacer reír a Sus Majestades a costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no sólo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío a dar voces, y sus camaradas a emperrarse contra mí, Sus Majestades a reírse y el pueblo a regocijarse. Mas por ver que había algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salía de la boca del desquijarado, dije en alta voz: "Adviertan vuestras mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio."

Con estas razones volvió a renovar el alegría y a celebrar la acción y a darles tal felpa a los cuatro zabulones que, a no valerles los pies, llevaran más que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco" (4).

El hecho de ser judío bastaba para que todo el mundo aprobase la mayor crueldad. "Sus Majestades reían", dice, muy satisfecho, Estebanillo. Esta insensibilidad nos aleja definitivamente de aquella época. Pero el problema está vivo. Con cualquier pretexto se niega el valor hombre. Y en la Historia de España suena honda la enemiga a los judíos. Estebanillo González nos ha ofrecido unas impresiones muy plásticas de un momento histórico. Sólo por ellas —y por la sensación angustiosa del conjunto— merece ser leído. Lamentable celebridad la de este *hombre de buen humor*.—ALBERTO GIL NOVALES.

---

(3) *Estebanillo González*, II, 45-46.

(4) *Ob. cit.*, II, 66.